

La Capilla siXtina

EL PACTO DE ARGÜELLES

ENCARNA ha vuelto cansada de unas largas vacaciones de más de dos meses.

—Estaba Europa que no se podía dar un paso. Y en cuanto se enteraban que una era española, venga felicitarla a una por lo bien que llevamos el proceso democrático.

—¿Y tú, qué hacías?

—Aplicaba un método gradual de educación política. Primero trataba de razonarles que en España sólo asistimos al intento capitalista de perder lo menos posible, con la complicidad de la izquierda establecida, al conformarse con las propinas. Si fracasaba esta explicación diáfana, entonces endurecía yo la cosa y empezaba a sacar los muertos que está costando esta coña marinera constituyente y lo negro que sigue el asunto en el País Vasco y en la cosa social. Y si los tíos seguían felicitándome por lo bien que realizamos el proceso democrático, pues entonces, vamos, ya era vicio y me cagaba en la madre que les parió. Así por las buenas.

—¿Qué hacían ellos entonces?

—Me llamaban fascista de izquierdas.

—¿Y tú?

—Aplicaba el examen de la correlación de fuerzas. Si con una patada en la espinilla tenía garantizado el fuera de combate del interlocutor, patada en la espinilla. Si no, pues hacía como que me iba, y cuando estaba descuidado, le daba con el "overpacking".

—¿Qué es eso?

—Un bolso enorme que llevo con las cosas que voy a necesitar durante el día.

—¿Cuántos muertos has causado?

—No lo sé. Nunca he vuelto al escenario del crimen. Es que no se podía aguantar. Porque no se limitaban a preguntarme por el milagro de la democratización, sino que además me obligaban a elegir entre Suárez y González. ¿Quién cree usted que es más guapo? ¿Oye, don Sixto?

—¿Tú a quién elegías?

—A King Kong.

—Pues ya ves, Encarna. Toda esa curiosidad ingenua, y en cierta manera ignorante, es positiva, se convierte en un estímulo progresivo en la evolución general de la política española.

—Ya me temía que usted lo viera así. Un día de éstos le van a poner a usted la Gran Cruz de Isabel la Católica por los servicios prestados a la consolidación de la ideología dominante. Porque lo que tíos como usted están haciendo es prestar ideología de consolidación a los estrategas del salvase quien pueda franquista.

—Encarna. Siéntate y escucha. He pensado mucho sobre nuestras relaciones y he decidido iniciar el próximo curso sin factores perturbadores de la calma de espíritu que necesita un hombre que ya no es joven y ha agotado su corazón y su cerebro en una larga lucha por la democracia. Por lo tanto, he decidido que nunca más hablemos de política. Ahí tienes una lista de temas que podemos abordar. Va desde la gastronomía a los males que pueden derivarse del empleo de colorantes en los helados.

—Lo que usted me propone es un pacto.

—Bueno. Llámalo como quieras.

—Tengo derecho a presentar una contrapropuesta.

—En efecto.

—Y, finalmente, a lo mejor hemos de recurrir a un arbitraje.

—Concedido.

—Don Sixto, me da usted lástima. Ni para tomarse unas copas a gusto conmigo puede prescindir de las Misas Concelebradas. ■

SIXTO CAMARA

EL SUICIDIO DE LA IZQUIERDA FRANCESA

abrir su nuevo camino. La idea tiene tanta importancia que "Le Monde" le dedica un editorial: "El PCF y el internacionalismo proletario", que comienza con una pregunta que tiene ya todo el carácter de la duda: "El Partido Comunista Francés, ¿es totalmente independiente del movimiento comunista internacional, cuyo centro sigue siendo Moscú?". Quizá lo más astuto de la frase no está en lo que pregunta, sino en lo que afirma: que existe un movimiento comunista internacional —la realidad es que no quedan más que algunos residuos mecánicos, algunos harapos de lo que fue un día la gran túnica roja— y que el cen-



Georges Marchais.

tro sigue residiendo en Moscú, lo cual es más que dudoso. A menos que se acepte "a priori" la tesis de la gran derecha: que el eurocomunismo es un disfraz de conveniencia y de oportunidad de lo que siempre ha sido lo mismo. Lo cual es a todas luces un error. El arranque de esa sospecha, además de su utilísima explotación política, es la de que no se concibe la actitud comunista, desde una óptica unitaria de la izquierda, sin una voluntad de no llegar al poder; y esa voluntad de no gobernar podría ser mayor que la indicada más arriba del miedo a la nueva situación: un interés de Moscú. El desarrollo de la nueva doctrina, tal como lo expresa "Le Monde", sería que "una tal victoria (la de la izquierda unida) parece, por otra parte, causar cada vez más problemas a Moscú y a algunos de sus aliados, que pueden ser sensibles al efecto de "contagio" de regímenes occidentales que conciliarían la presencia comunista en el poder y el pluralismo de los partidos y de la prensa". Nótese de todas formas una contradicción flagrante entre las dos tesis de la derecha. Tesis a: Moscú fingiría una querrela contra el eurocomunismo para favorecer la llegada de éste al poder; tesis b: Moscú no

querría la llegada del eurocomunismo al poder por evitar el contagio en los países del Pacto de Varsovia.

El problema actual: ¿se ha roto o no la unidad de la izquierda? Cada uno de los dirigentes, incluyendo al irritado radical Fabre, mantienen que no hay una ruptura real. Y que todo volverá a sus cauces. Mitterrand pide "esperanza, calma y solidez". Marchais está dispuesto a acudir de nuevo a cualquier convocatoria. Fabre dice que lo que se ha abierto es un período de reflexión: ninguno de ellos quiere defraudar a su base y a la base general de la izquierda. Nadie quiere asumir la responsabilidad. Pero es posible creer que el tema es irreparable, y que si existe de verdad una voluntad de no acceder al poder por medio de la unión (con la excepción de los radicales de izquierda, que no podrían tener otro objetivo, y que no pueden llegar nunca a gobernar si no es con esta o con otra alianza), nada va a ser posible ya.

Todo lo cual produce jolgorio y satisfacción en la derecha. El hecho de que a la mañana siguiente del portazo en la "cumbre" la Bolsa de París haya subido un 3,5 por 100 indica que no sólo las grandes empresas, sino el pequeño ahorro, han comenzado a ver disiparse los fantasmas de una izquierda de carácter nacionalizante, y ha comenzado también a decrecer el miedo de que por la existencia de esa izquierda la derecha pudiera tener grandes tentaciones "desestabilizadoras", desde las tan conocidas de la evasión de capitales y la huelga de inversiones hasta la del golpe de Estado.

El suicidio de la izquierda francesa aparece otra vez como un nuevo triunfo de Pinochet, entendiéndolo a Pinochet como un símbolo erigido por las manos de quienes pueden. La izquierda no quiere triunfar en Francia como en Chile: Mitterrand no tendrá que defender el Palais Matignon con un casco y una ametralladora como Allende intentó defender la Casa de la Moneda en Santiago de Chile.

Y el mismo día del suicidio de la izquierda, la mayoría —la derecha— lanzaba su manifiesto de unidad en París. Los cuatro grupos que forman el sector gubernamental del Parlamento explicaban su adhesión común a "principios esenciales", según decía el primer ministro, Raymond Barre, que subrayaba que "por el contrario, en el lado de la oposición, las divisiones que se abren son divisiones muy profundas, porque se refieren no solamente a medidas concretas, sino, a fin de cuentas, a dos conceptos diferentes de la sociedad". No importan demasiado los cuatro puntos determinantes del acuerdo de la mayoría —instituciones, derecho al trabajo, participación, plan...—, que a fin de cuentas no pasan de ser una retórica habitual: lo que importa es la voluntad de presentarse en un cierto bloque ante los electores y frente a la oposición. Se trata de una posibilidad de gobernar frente a una imposibilidad de gobernar. ■